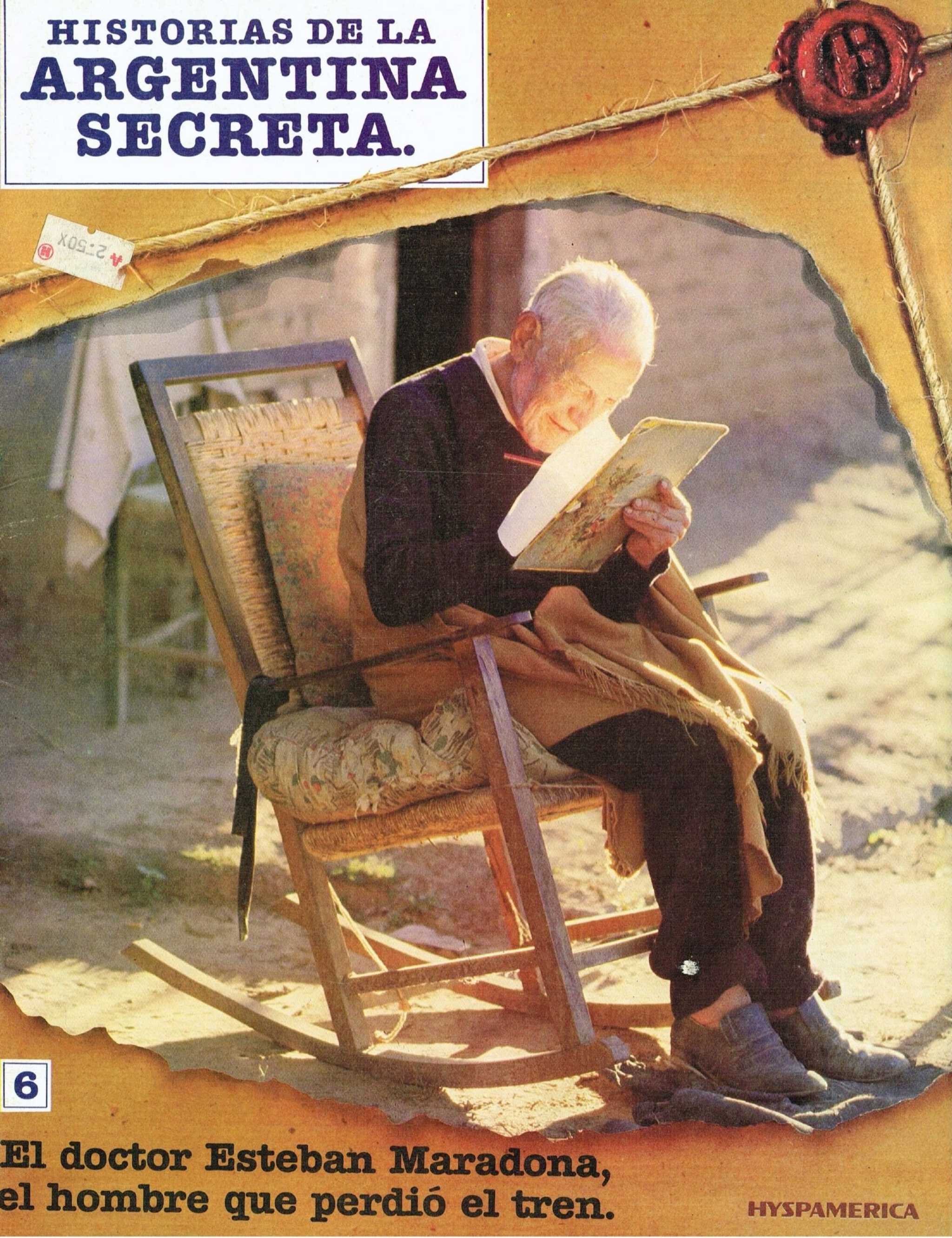
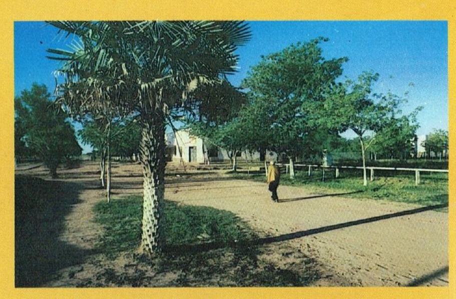

HISTORIAS DE LA
ARGENTINA
SECRETA.
6
El doctor Esteban Maradona,
el hombre que perdió el tren.
HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es una colección documental de cien fascículos que aparecerán semanalmente. Cada veinte fascículos se formará un tomo. Las tapas para encuadernarlos saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá encuadernar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS,** amplia colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se incluirán también mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Las tapas para encuadernar el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar. *Estanislao del Campo está a la vera de la ruta nacional 81, a 112 kilómetros de la ciudad de Formosa. Es posible llegar hasta allí por tierra (la ruta con lluvia es intransitable) o por medio del Ferrocarril Belgrano, en cuyas vías circula un mototrén que une Formosa con Embarcación, en la provincia de Salta. Estanislao del Campo queda a mitad del recorrido.*

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Coordinadora de viajes:
Susana Tenreiro.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset.

Jefe de diagramación:
Víctor Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Producción gráfica:
Paulina Elissetche.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4° piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución
Capital Federal:
Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5° piso
Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

Fotomecánica:
Offset Plus Fotocromos sistema scanner laser
Comodoro Rivadavia 878, Bernal, Prov. Buenos Aires Tel. 252-8794.

Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

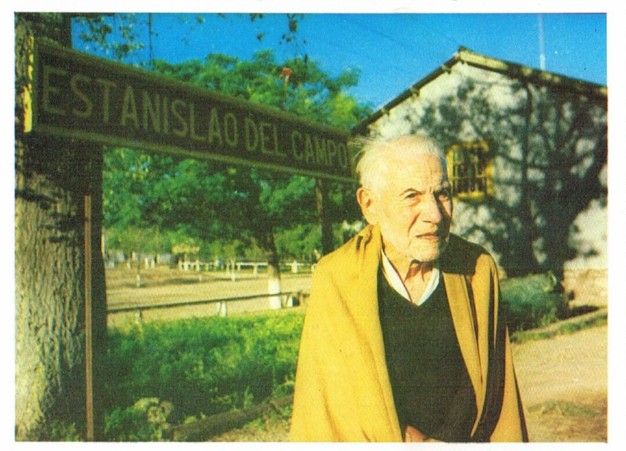
El doctor Esteban Maradona, el hombre que perdió el tren.

6



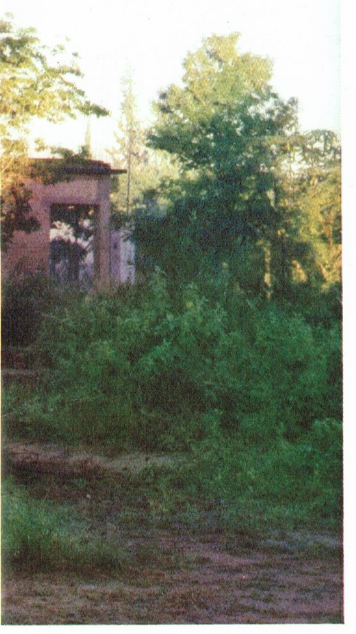
Fue médico durante la guerra del Chaco. Curó indios y leprosos. Trazó senderos en la selva. Escribió trece libros. Fundó escuelas y renunció a todos los honores. Además, jamás cobró un peso por curar.

La casa de Maradona es también sede de su consultorio. Hacia allí peregrinan sus pacientes a quienes jamás les cobró por curarlos. Este ignoto médico de campaña, de 91 años de edad, aún hoy sorprende por sus notables, cotidianos gestos de humanismo.



En las silenciosas mañanas de Estanislao del Campo un hombre sobrevive a su propia soledad. Cansado y memorioso, el viejo elude los honores mundanos, los favores de la fama, las visitas de homenaje que a veces le efectúan instituciones o colegas. Instalado desde hace 52 años en este pueblo de Formosa, Esteban Laureano Maradona es médico rural y naturalista. Tan pobre como sus propios protegidos, los indígenas lugareños, sigue entregándoles sus últimos esfuerzos, sus ganas de seguir investigando, sirviendo y construyendo. Pero este médico, descendiente de un diputado de la Asamblea de 1813, no sólo atendió a miles de enfermos en su dilatada trayectoria: también ha escrito trece libros sobre la vida de los indígenas, sobre la fauna y la flora del lugar, sobre las plantas medicinales. Asombrado y curioso, ha llegado por descuido a los 91 años de edad sin que ninguna de las muchas aventuras que protagonizó le parezca extraordinaria. Y tal vez tenga razón: él no es

Defiende la vida desinteresadamente. Un ejemplo, una conducta inalterable, inspirada en su propia ley: «Que sólo los demás tengan derechos sobre mí».

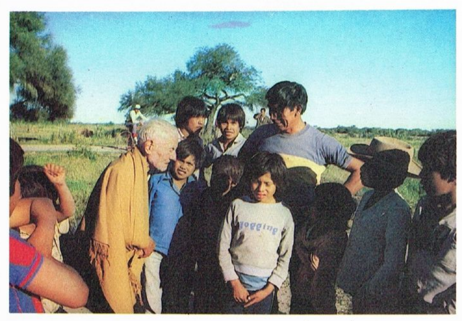


responsable de que lo bello, lo amoroso, la búsqueda apasionada de alguna verdad y el espíritu solidario parezcan acontecimientos tan singulares, tan poco frecuentes.

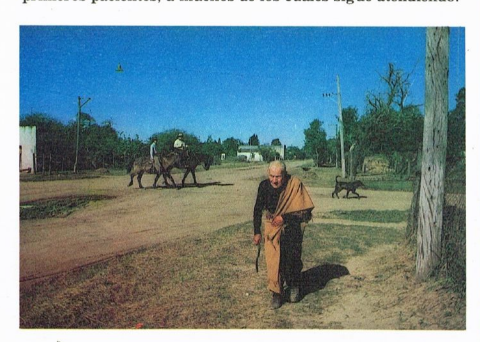
Ataviado con una extraña vincha negra, calmo y dispuesto a estirar el tiempo, Maradona memora algunos tramos de su existencia. Pero su voz pausada escapa del énfasis que a veces esconde, sutilmente, la posibilidad del elogio: su relato suena como experiencia de otros. Como buen naturalista sabe que la vida siempre tiene opciones. Al fin y al cabo, otros podrían haber sido el paraje y la gente. Pero seguramente la distinta escenografía no habría variado su vocación de explorador y defensor de la vida y los seres vivientes.

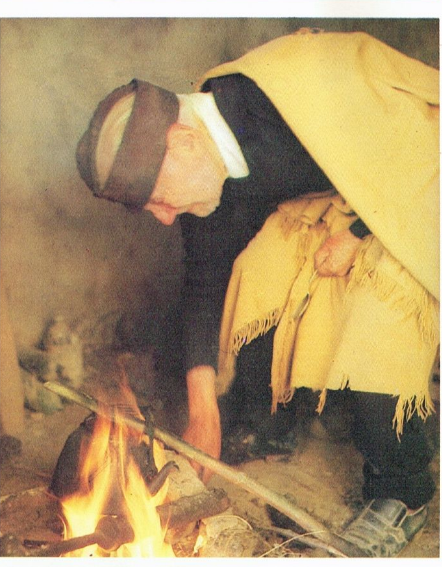
Nació el 4 de julio de 1895 en Esperanza, provincia de Santa Fe, pero su infancia la pasó en Barrancas, a orillas del río Coronda. *«Vivíamos aislados de todo centro poblado y mi familia, que era muy religiosa, nos enseñaba a leer y escribir. Y pasabamos el tiempo en los montes, cazando en las*

En un mundo de barro, operó en carretas y atendió partos a la luz de la luna o bajo el resplandor de fogones.



Cuando los atardeceres prolongan los silencios, Maradona se acerca a las tribus matacas. Allí observa a los nietos de sus primeros pacientes, a muchos de los cuales sigue atendiendo.





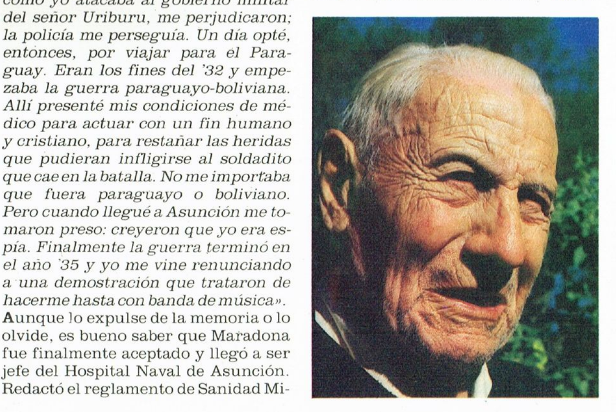
costas del río, pescando. Eramos siete varones, y vivíamos en un estado natural, como los indios». La historia de los Maradona no es novedad en los pagos del Litoral: Waldino, su padre, fue promotor del Primer Congreso Agrícola del país, celebrado en Esperanza cuando Carlos Pellegrini era presidente de la Nación. Después, Esteban repartió sus estudios primarios y secundarios entre Santa Fe y Buenos Aires, lugar donde finalmente cursó la carrera de medicina. .

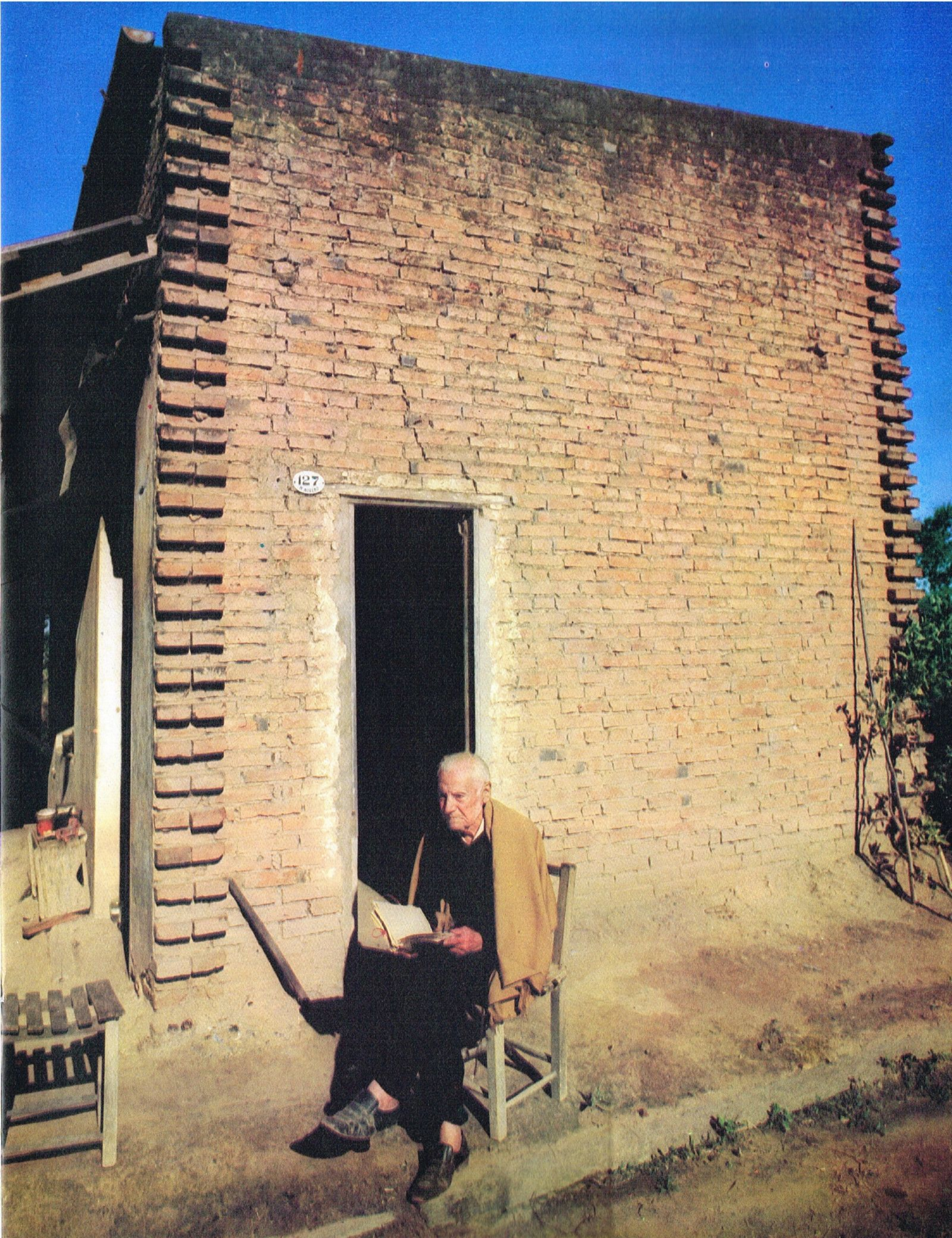
Las primeras búsquedas.

Una vez terminada la universidad no le fue difícil elegir el destino. *«Cuando me recibí* –evoca Maradona– *abrí mi consultorio en la calle Santa María de Oro, en Resistencia. Había muy pocos médicos. Durante ese tiempo yo hacía viajes a Barranqueras para atender a mis enfermos. Y también me dediqué, como una especie de periodista de campaña, a escribir algunos artículos en* La Voz del Chaco *y a explorar la Isla del Cerrito Argentino para estudiar botánica. Para los años 1931 y 1932 daba un ciclo de conferencias todos los sábados sobre la ley 9.688 de Accidentes de Trabajo. Pero los capitalistas me tenían entre ojos, y como yo atacaba al gobierno militar del señor Uriburu, me perjudicaron; la policía me perseguía. Un día opté, entonces, por viajar para el Paraguay. Eran los fines del '32 y empezaba la guerra paraguayo-boliviana. Allí presenté mis condiciones de médico para actuar con un fin humano y cristiano, para restañar las heridas que pudieran infligirse al soldadito que cae en la batalla. No me importaba que fuera paraguayo o boliviano. Pero cuando llegué a Asunción me tomaron preso: creyeron que yo era espía. Finalmente la guerra terminó en el año '35 y yo me vine renunciando a una demostración que trataron de hacerme hasta con banda de música».*

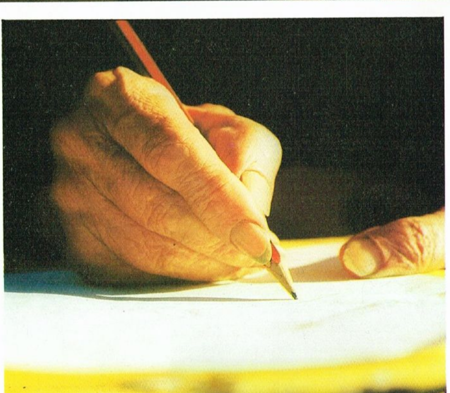
Aunque lo expulse de la memoria o lo olvide, es bueno saber que Maradona fue finalmente aceptado y llegó a ser jefe del Hospital Naval de Asunción. Redactó el reglamento de Sanidad Mi-

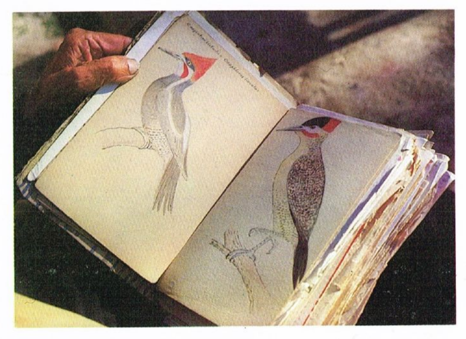
Cuando abandonó la ciudad para refugiarse en Estanislao del Campo, Maradona dedicó su vida a la observación de la fauna, la flora y los fenómenos sociales. Sus libros –ahora agotados– fueron editados por universidades de Estados Unidos.

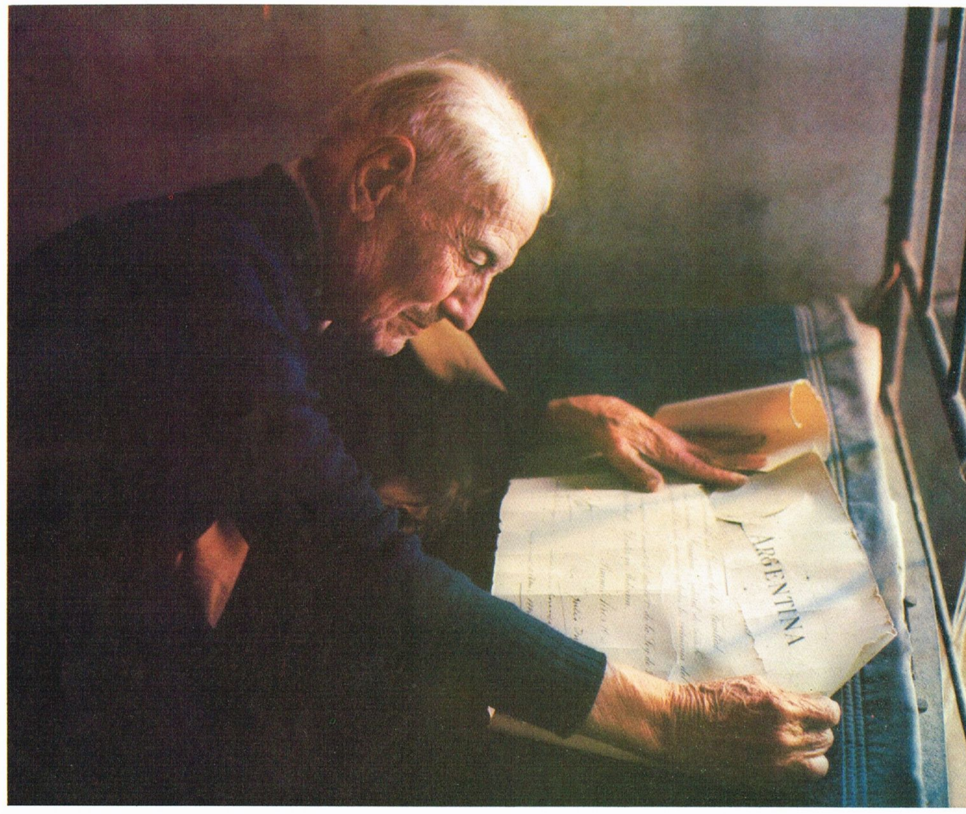



127

Agudo cronista de la naturaleza, el sabio sigue apegado al estudio de la zoología y la botánica. Todos sus trabajos fueron ilustrados con minuciosos retratos de la vida de la región.







litar del Paraguay y quiso tener tiempo para ocuparse de la colonia de leprosos establecida en Ytapirú. Pero a pesar de su espíritu aventurero, el origen de su decisión de pasar a Paraguay aparece muy claro: su prédica relacionada con la seguridad laboral en el marco de la ley de Accidentes de Trabajo le granjeó el odio de «los capitalistas» y lo transformó en exiliado de la primera de las dictaduras militares que asolaron esta tierra.

El azar y la necesidad.

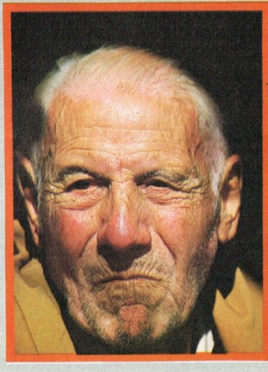
Después de la guerra paraguayo-boliviana, Maradona sintió cierta necesidad de refrescar los orígenes. Para viajar a Buenos Aires, eligió un itinerario tortuoso: *«Terminó la guerra en el '35, me vine para Formosa y como siempre hacía esos viajes de Asunción para Buenos Aires, opté por ir a Salta y Jujuy para conocer los elementos históricos que operan desde los tiempos de la guerra de la independencia, y donde mis antepasados tuvieron alguna actuación. Y después pasar a Tucumán para visitar a mi hermano Juan Carlos, que era intendente de la ciudad. Desde allí seguiría viaje para establecerme en Buenos Aires junto con mi madre»*. Pero una vez en el tren –que recorre longitudinalmente a Formosa hasta llegar a Embarcación en Salta– Maradona encontró su sitio en el mundo a través de la misteriosa magia del azar. Al llegar a Estanislao del Campo, alguien pidió un médico para atender a una parturienta que se encontraba en mal estado: *«Cuando vine para acá había dos trenes por semana, y no sé quién supo que yo era médico. Había un coche de primera y dos de segunda. Paramos porque había que demorar dos o tres horas para cambiar la máquina. Entonces me dijeron que había una enferma que desde hacía tres días no podía tener familia, que si no podía atenderla mientras el tren estaba detenido. La vi muy grave y el caso es que me quedé para poder atenderla. Cuando quise levantar vuelo y fui hasta la estación a esperar el tren con el que debía seguir viaje, resultó que allí me estaban esperando enfermos de los cuatro puntos cardinales: de Ibarreta, Comandante Fontana, Pozo del Tigre, Ingeniero Juárez, y de San Martín II, que queda como a veintitantas leguas de acá. Entonces con ese motivo no pude continuar y así perdí mi pasaje y mi puesto en Buenos Aires»*, recordó el médico.

Han pasado 51 años desde que Mara-

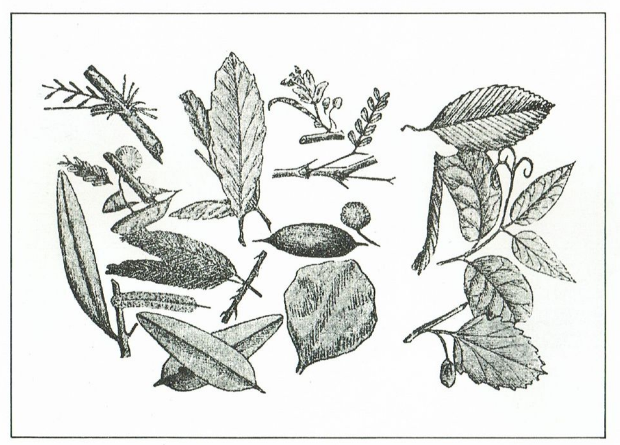

Merengadas
BAGLEY

El más humilde prócer argentino.

Poco es lo que trasciende de la vida de los médicos de campaña. Se los puede condenar a la esporádica reivindicación periodística, agrandando su figura a los fines de crear un superhombre que logre atraer la atención de los consumidores, o se los puede ignorar, transformándolos en exiliados de la ciudad. A veces se los presenta como refugiados económicos de una estructura social que los relega a la periferia. Pero, aunque cualquiera de estas consideraciones debe ser tenida en cuenta para analizar la verdadera realidad de estos trabajadores de la salud, su trabajo cotidiano y su función social son prácticamente desconocidos. Se sabe: no hay peor forma de ignorar la realidad que transformarla en una alegoría literaria de segundo orden. Por eso, en el ocaso de su vida, no convendría ofender al doctor Maradona con estatuas de chatarra o altisonantes títulos académicos. La única manera de festejar su paso por la vida, de alegrarse por su existencia, consiste en seguir su senda. Esa que abrió en los montes formoseños para que otros –en cualquier lugar de la geografía argentina– construyan un camino grande y luminoso. Cuando eso ocurra, sin dudas, los argentinos habremos comprendido que los héroes, que los próceres, son figuras posibles, de carne y vida.



Aunque desdeña la luz artificial, el sabio se las ingenia para ilustrar sus monografías y publicaciones con reproducciones detalladas de la flora y fauna del Chaco formoseño. Muchas especies regionales fueron descubiertas, clasificadas y bautizadas por él.

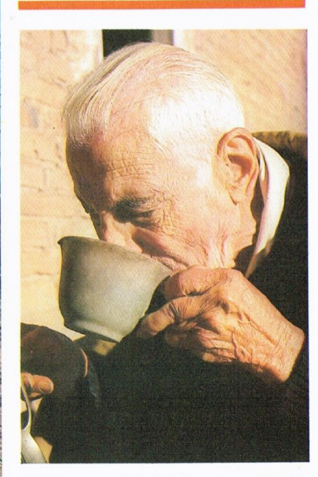


dona perdió su pasaje, y todavía está allí. Además de la obra de investigación científica relacionada con la vida y cultura de los indios, con la flora y la fauna regionales, Maradona fundó una colonia aborigen, una escuela, proyectó el camino hacia el río Teuco, exploró fuentes de agua potable, realizó mejoras en la estación ferroviaria y ayudó a erigir la comisaría del pueblo. Pero más allá de las fundaciones realizadas impresiona el evidente desprecio por las diferentes formas de poder que podrían haberle redituado sus esfuerzos. Hace algunos años, por ejemplo, cuando recibió un premio en efectivo como reconocimiento a su actividad de médico rural, decidió donarlo para becar a jóvenes médicos formoseños recién recibidos. Seguramente, hasta desconoce estas estrofas que le dedicó un poeta de su natal Esperanza:

Sea quichua, toba u ona,
la tribu no importa mucho;
la caridad llegó al indio
por manos de Maradona.



La selva formoseña. Sus senderos. Su gente. Un universo relevado por Maradona.



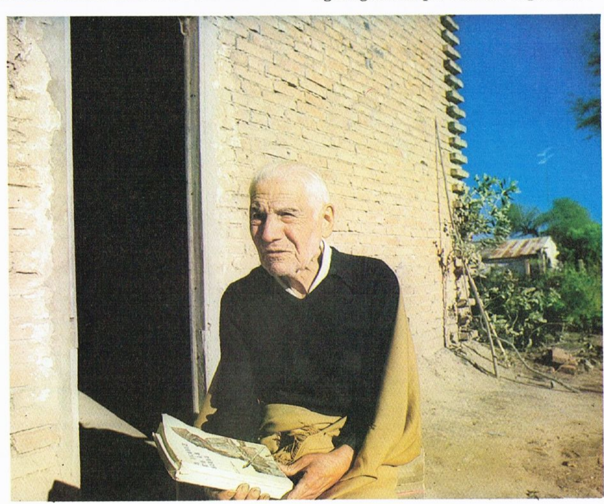
Pocos son los momentos que Esteban Maradona dedica a sí mismo. Siempre sus ocios se convierten en afanosa búsqueda de explicaciones a enigmas lugareños, misterios de una geografía que aún hoy sigue ignorada por muchos argentinos.

Como reconocimiento popular, estos versos recorrieron toda la región.

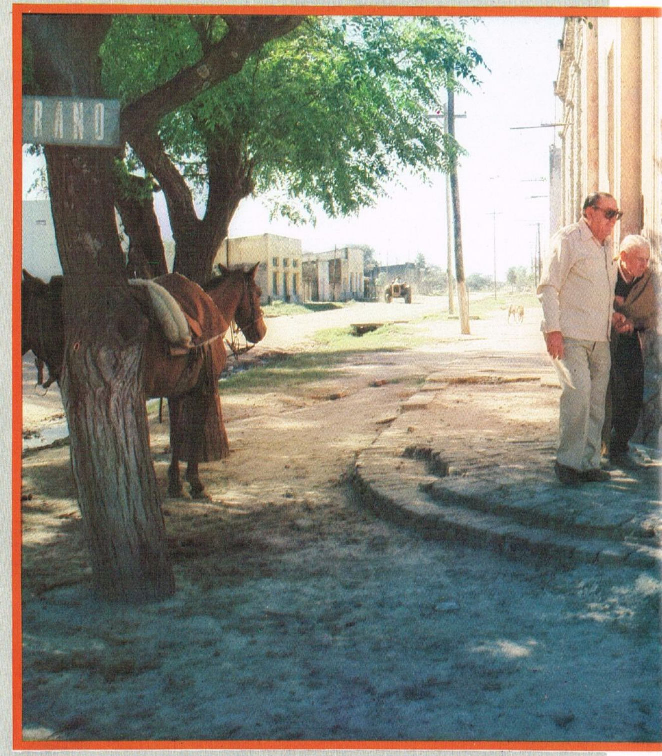
A través de la selva.

Los comienzos no fueron fáciles ni exentos de peligro: «*Cuando yo llegué empezaron los problemas. Todo esto era monte, sólo había cuatro o cinco ranchos y estaba todo rodeado de indios, que por otra parte me querían matar. Tanto que uno de ellos, que era famoso, me agarró de las solapas y me sacudió, amenazándome. Pero nunca les tuve miedo ni me demostré asustado. Y no por dármelas de valiente. Sino que soy así nomás. Pero con la palabra dulce y la práctica de la medicina, tratando las enfermedades, dándoles tabaco y consiguiéndoles algunas ropas, las cosas fueron cambiando. Así los traté hasta hoy. Me remangué, me metí en el monte sin ningún temor, arriesgando mi vida y también mi salud*».

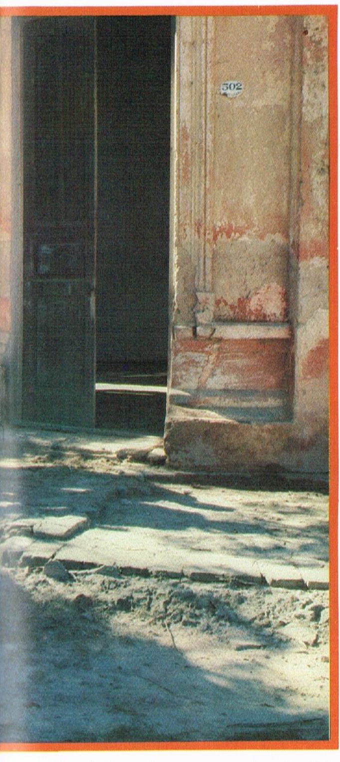
Pobre y desarrapado, manso y silencioso, Maradona emprende solitarias caminatas. Sus pasos lo llevan, como

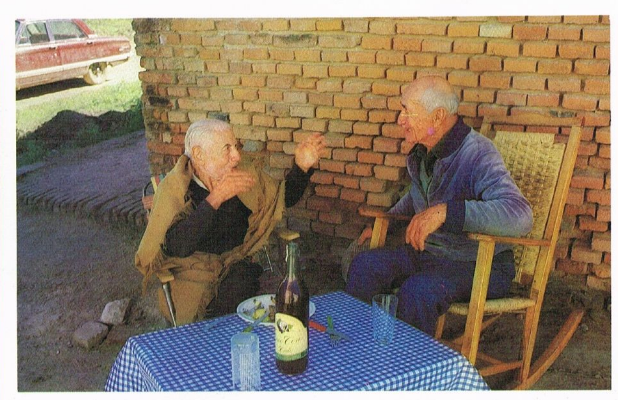


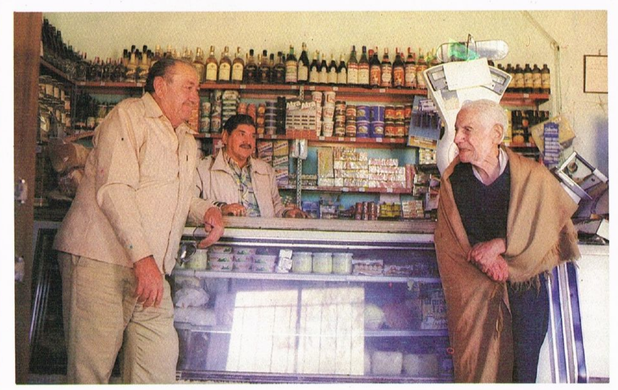
La herencia por decreto.



El 1º de setiembre de 1811, la Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata –más conocida como Junta Grande–, refrendó un decreto en el cual se afirmaba: *«Que desde hoy en adelante para siempre queda extinguido el tributo que pagaban los indios a la Corona de España en todo el distrito de las Provincias Unidas al actual gobierno del Río de la Plata y que en adelante se les uniesen y confederasen, bajo los sagrados principios de su inauguración».*
Este decreto, fechado en Buenos Aires, contaba con doce firmas de quienes estaban representando al interior y a Buenos Aires, y puede leerse entre ellos el nombre José Ignacio Maradona, tatarabuelo del médico de Estanislao del Campo. Seguramente el prócer nunca imaginó que su descendiente ofrecería lo mejor de su vida para lograr que el decreto tuviera, finalmente, vigencia real. Y mucho menos, que a consecuencia del expreso pedido de su tataranieto, la escuela 167 llevaría su nombre. Hablando sobre sus protegidos, el «doctor de los indios» refiere en rápido inventario algunas hazañas existenciales.
«Les levanté una escuelita con unos pesos que me pesaban en los bolsillos, la 167. Años después de solicitar ayuda, finalmente el Consejo de Educación mostró un maestro y cuando después pedí una escuela más grande para los indios, la hicieron. Esa escuela lleva el nombre de mi antepasado José Ignacio Fernández Maradona, que era amigo de San Martín, y a quien entregó dos negros que en esa época eran esclavos. De manera que a mi tatarabuelo también le tocó un poco de merecida inmortalidad».
En 1813, la Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata amplió los alcances del decreto mencionado, derogando la mita, las encomiendas, el yaconazgo y el servicio personal de los indios y afirmando también que es necesario que se *«tenga a los mencionados indios de todas las Provincias Unidas por hombres perfectamente libres y en igualdad de derechos a todos los demás ciudadanos que las pueblan»* y ordenando que estas leyes *«se traduzcan e impriman en los idiomas guaraní, quichua y aymará».* Pues bien, ambos decretos se presentan bajo el título de *Antecedentes* en el prólogo de la obra de Maradona *A través de la selva*, prefigurando la óptica del autor y sugiriendo que no han sido puestos en práctica. Claro, nadie podría aseverar que los indios viven, técnicamente, en situación de esclavitud. Pero sí en una sutil y no menos terrible forma de suplicio: la marginalidad expresada en precarias formas de subsistencia. La obra de Maradona se orientó a poner en práctica las consideraciones de estos decretos, que no fueron verdaderamente aplicados luego de su promulgación, tal cual sucedió con otro no menos famoso, también promulgado por la misma Asamblea de 1813: la prohibición de las torturas y otros tormentos. Pero en cuanto a la situación de los indígenas argentinos, la gran obra asistencial y científica de Esteban Maradona desnuda la hipocresía con la cual han sido tratados nuestros «naturales de las Indias»: simplemente se los ha marginado del resto de la sociedad argentina en base al doble mecanismo de la marginación y la más absoluta ignorancia por omisión acerca de cómo y quiénes son. Por eso, el nombre de la Escuela 167 –José Ignacio Maradona– cumple con un doble fin de justicia que tiende a reivindicar no sólo a quienes soñaron con una sociedad verdaderamente libre e igualitaria, sino también a los destinatarios de esos sueños.







si se tratara de una peregrinación laica, hacia la colonia aborigen Juan Bautista Alberdi, fundada por él hace algunas décadas.

De estos tiempos –felizmente superados– Maradona dejó testimonio en su libro *A través de la selva*, un estudio antropológico de gran valor sobre la cultura de los indígenas lugareños. Pero también una valiente denuncia de las condiciones de vida de sus protegidos: *«La explotación del indígena americano no es una novedad. Diez a veinte centavos por hachar leña, siempre la más dura. Diez centavos por acarrear agua en barriles durante tramos de seis cuadras. Un peso diario para que transporten todo tipo de cargas. Y qué decir de los ingenios jujeños, salteños y tucumanos y de otros que efectuaban los pagos con vales, con cosas deterioradas e inservibles, con coca, tabaco, alcohol... Por eso mismo todo indio, al ser requerido para una changa, sea quien fuere el solicitante, tiene como estereotipada la defensiva frase que pronuncia en gerundio: ¿cuánto pagando?"*

Estos comentarios, escritos en 1936, le valieron al doctor Maradona toda clase de admoniciones. Pero era tanta su franqueza –y la veracidad de sus afirmaciones–, tanta su entrega al establecimiento de sistemas equitativos y legales de administrar el trabajo indígena, que finalmente contó con el apoyo de algunas autoridades nacionales para llevar adelante su programa de promoción humana y social. Desde esa perspectiva, Maradona logró atemperar el peso de un sistema de explotación de la mano de obra regional injusto y deshumanizado, para el cual el hombre es un objeto.

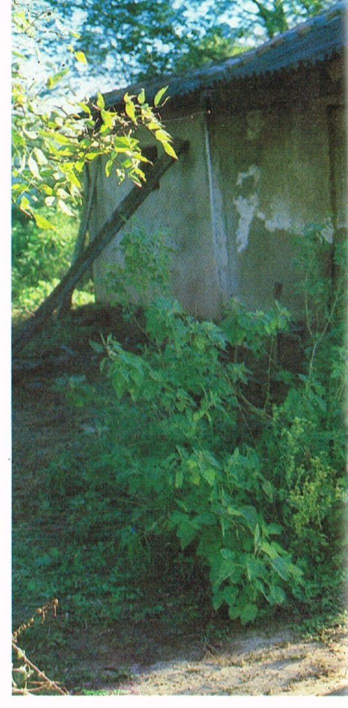
El médico rural.

La figura de los médicos rurales apa-

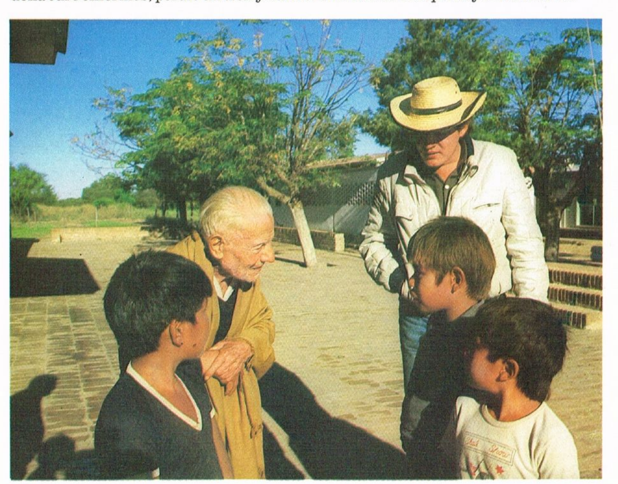
A veces la consulta médica tiene por escenario los mostradores o las mesas de los boliches. Una forma de conocer íntimamente la salud física y espiritual de todo el pueblo. Eficaz medicina para un lugar donde la persona todavía es importante.







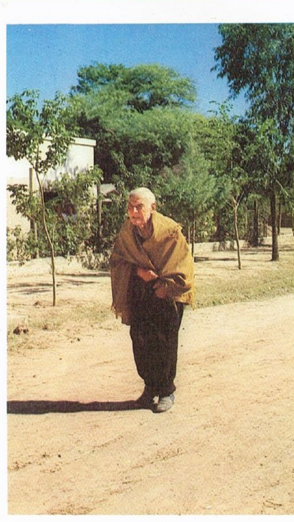
La estación ferroviaria de Estanislao del Campo. Un lugar donde el destino hirió –¿hirió?– la vida de un hombre que escapaba de la guerra. Un andén en el cual Maradona curó enfermos, perdió un tren y halló el sino de una vida plena y constructiva.



rece comúnmente revestida de cierto lirismo descarnado que tiende, como en el caso de los indígenas, a la marginación. La experiencia de Maradona ilustra esta realidad: *«Antes, yo tenía que operar arriba de una carreta y atender partos bajo la luz de la luna o de las estrellas. Y muchas veces, bajo el resplandor de un fogón. He tenido que atender enfermos exponiéndome a dejar los ojos colgados en las espinas de los arbustos que bordeaban las sendas por las que había que meterse. Porque no había caminos, sólo sendas de cuatro o cinco leguas, viboreantes como caminos de ñandú. Y otras veces había que ir más lejos a caballo o en mula, ya que ni siquiera había bicicletas, y mucho menos automóviles o camiones».*

Pero la figura de este viejo silencioso y apenas cubierto por sus ropas, excede en mucho la descripción pintoresca de todas las dificultades que le planteaba el medio donde desplegó sus actividades. No sólo hizo medicina rural: también fundó instituciones que trataron de cobijar y recibir a los indígenas en esta sociedad que injustamente los ha marginado. Tam-

«Soy el médico más zaparrastroso del noroeste argentino», dice.



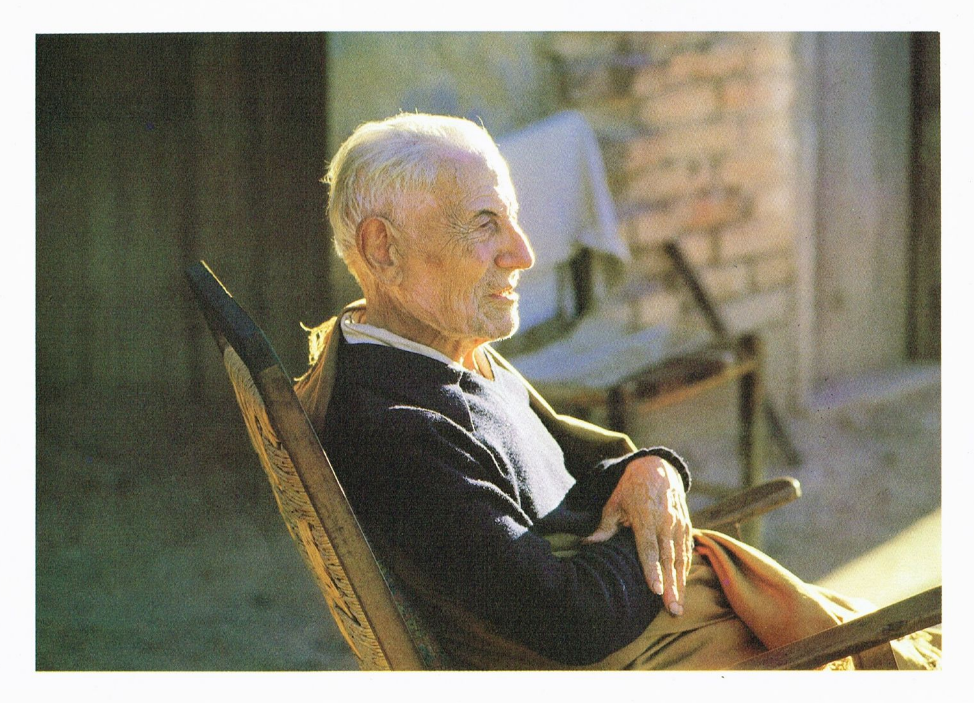
Arropado por su propia soledad, de caminar vacilante y mirada firme, la figura de don Esteban aparece en las polvorientas calles del pueblo como un símbolo de vida y de trabajo. Sus diarias caminatas trazan su búsqueda de rostros y paisajes.

poco se limitó a crear estas instituciones o servicios: también los estudió a fondo en sus obras, quizás porque es imposible amar lo que se desconoce. Y también extendió su interés a otras manifestaciones de la vida, estudiando en detalle la flora y la fauna de la región donde el azar de las circunstancias y la necesidad de los hombres quiso que pasara sus días.

Una presentación en sociedad.

En 1976, Esteban Maradona fue invitado a dar una conferencia en el Instituto de Conferencias de *La Prensa*; con estas palabras lo introdujo su presidente, el doctor Osvaldo Loudet: *«Voy a presentar a un médico y a un naturalista en la difícil situación de saber si el médico supera al naturalista o este último al primero. Como médico no ha tomado la profesión como un oficio, sino como un apostolado. Como naturalista ha estudiado la fauna y la flora de regiones lejanas del país, con la pasión de un enamorado de las bellezas y armonías de la madre naturaleza. Ha conversado*





más con las plantas y los animales —que sólo un naturalista puede comprender—, que con los hombres, que tienen el arte de mentir. Si le ha preocupado el prójimo enfermo y civilizado, más le ha conmovido el ser primitivo y abandonado. El gesto más admirable de su vida fue dejar el ejercicio de su profesión en una orbe poderosa y rica para luchar en un medio inhóspito y desierto. Hay renuncias heroicas y memorables, como ésta de abdicar de la comodidad, de la quietud y del éxito fácil, para sustituirlo por la lucha ardua, el sufrimiento compartido, la esperanza renovada, la gloria íntima y silenciosa. Es el caso de este hombre. Siempre he elogiado al médico rural, el de hace medio siglo, perdido en las llanuras o en las montañas, sin los recursos técnicos actuales, sin los medios de comunicación presentes, sin un amparo oficial bien organizado. El viejo médico rural y el médico de familia van desapareciendo y con ellos un amor de sacrificios, una asistencia sin egoísmos, una caridad sin otra recompensa que la gratitud del enfermo, la tranquilidad de la propia conciencia y la alegría del deber cumplido, luchando sin cuartel contra la enfermedad y la muerte. Yo he conocido la época romántica de la medicina, antes del reinado del naturalismo y la economía, y me entristece la decadencia moral del momento contemporáneo. Deseo recordar que más allá del médico rural, ya moribundo, existen dos tipos excepcionales: el médico del desierto y el médico de la selva. Ejemplo del primer caso es el doctor Schweitzer, en el Africa Meridional francesa, dedicado a curar a los negros. Ejemplo del segundo caso es el doctor Maradona, dedicado a curar a los indios. Los dos se alejaron del hombre "civilizado" para acercarse al hombre "primitivo", enfermo sufriente y olvidado. Los dos comprendieron y sintieron la soledad y el dolor del prójimo, sin ninguna culpa y sin ningún consuelo. Hay, sin embargo, una diferencia: el primero fue conocido universalmente y se le otorgó con justicia el premio Nobel. El segundo es un desconocido universal y sólo es recordado en las aldeas humildes que tanto amó, curó y salvó». Era la primera vez que alguien, en público, reconocía sus obras:

- *A través de la selva.*
- *Recuerdos campesinos.*
- *Una planta providencial.*

Pero esperan su edición las siguientes:

- *Dendrología.* Cinco volúmenes con la representación gráfica de las especies que trata (esta ciencia tiene como objeto el estudio de los árboles).
- *Animales cuadrúpedos americanos.* Tres volúmenes, incluido el estudio de los reptiles, con representación gráfica.
- *Aves.* Tres volúmenes, también con ilustraciones.
- *La ciudad muerta.* (Nuestra Señora de la Concepción del río Bermejo).
- *Historia cronológica de los obreros de las ciencias naturales.* (De botánica y zoología americanas).
- *El problema de la lepra.* (Profilaxia y colonización).
- *Páginas sueltas.* (Labor periodística).
- *Plantas cauchígenas.*
- *Historia de la ganadería argentina.*
- *Vocabulario toba-pilagá.*

Una bitácora de vida dedicada, en silencio, a sufrir, trabajar y pensar para los demás.

SALTA: Cultura, Salud, Vivienda.

La familia: el núcleo familiar está compuesto por cinco personas.

La vivienda: 99.448 personas viven en casas independientes o departamentos; 3.035 en piezas de inquilinato; 19.612 en casas precarias y 14.787 en ranchos. El 70,7 por ciento vive en zonas urbanas y el 29,3 por ciento en zonas rurales.



Analfabetismo: el 12,08 por ciento de la población es analfabeta.

Los médicos: hay 236 establecimientos hospitalarios atendidos por un personal médico de 1.152 profesionales. El 42 por ciento de la población tiene necesidades básicas insatisfechas.

Diarios, radios y canales de televisión.

Televisión: Canal 11 más una repetidora y canal 2 de circuito cerrado.

Radios: Nacional Salta, Nacional Tartagal, Salta, Radioemisora Tartagal y Orán.

Diarios: El Tribuno, matutino, tabloide.

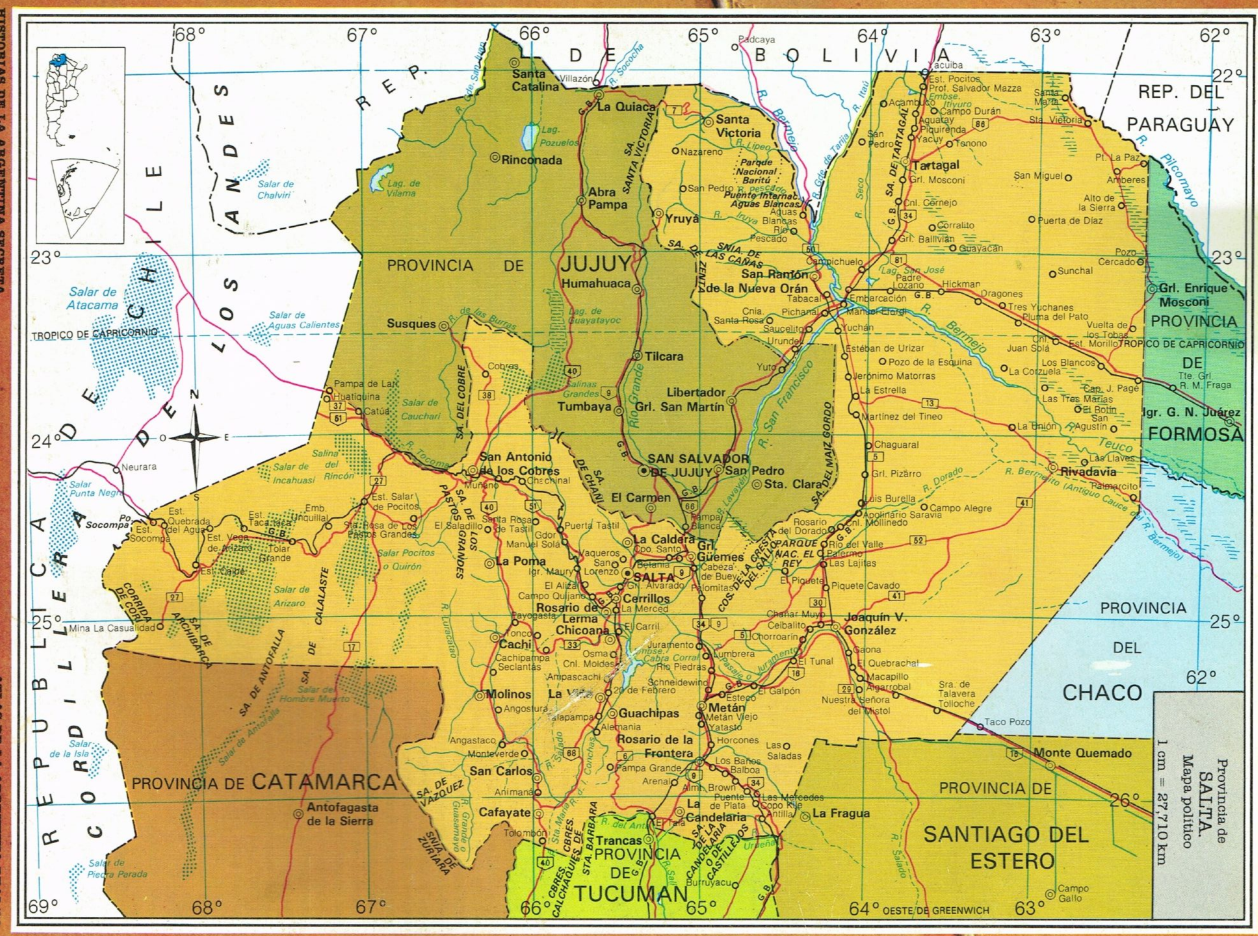
Caminos, trenes, vehículos.

Red caminera: 6.369 kilómetros.
Número de automotores: 47.852 en 1980.
Número de habitantes por automotor: 14 personas.

El valle de Cafayate en su dimensión planetaria. La tierra del vino y de los ponchos.



Los valles calchaquíes abarcan una hermosa zona de Salta y Tucumán. La fotografía comienza casi en el límite entre ambas provincias. Observando con la ayuda de una lupa, se podrán distinguir en rojo —así detecta la vegetación la gama de rayos utilizada por el satélite— las zonas fértiles que se han desarrollado a orillas de los ríos Santa María y de las Conchas. La parte inferior corresponde a la rica zona de viñedos de la ciudad de Cafayate. Desde allí, hacia la zona superior, se encuentran en orden sucesivo Animaná, San Carlos, Angastaco, Molinos, Seclantás y Cachi. Estos valles y quebradas fueron escenario de culturas aborígenes que aún hoy marcan la forma de vida de esas regiones. También hubo allí batallas históricas. La fotografía no alcanza a mostrar la feracidad del suelo que, sumada al clima seco y a la sabiduría que los primitivos colonizadores supieron extraer de los indios, brinda al fruto de la vid las características que le otorgan ese particular sabor que distingue a los vinos finos de la zona.
Tanto, que de allí surge el 25 por ciento de la producción nacional de vinos finos, aunque también son importantes otros cultivos como el del pimiento, el ají, las habas, el maíz y los más diversos árboles frutales.
Recorrer los serpenteantes caminos de cornisa que entrelazan a los pueblitos de los valles calchaquíes implica para el viajero la experiencia de sentirse transportado a otra época, a otra cultura, a otro tiempo poblado de aborígenes artesanos, relacionados con los incas del Perú. Cada casa, cada calle, cada piedra o cacharro conservan aquí su verdadera dimensión histórica.
Un ejemplo de ello es Molinos —casi en el extremo superior de la foto— un pueblo que parece detenido en el tiempo. Con su pasado y su presente signados por el encomendero Nicolás Severo Izasmendi Echalar, el último funcionario realista que se rindió ante las autoridades independientes del Río de la Plata.
Tierra de tejedores de ponchos y mantas. Son los hombres los que tejen —ya que "las mujeres no están para el trabajo", aseguran— y de allí salen los exponentes máximos de la casi extinguida artesanía salteña. También es la zona donde se conserva el secreto para la construcción de las grandes tinajas de arcilla, resabio de la forma de vida de los primitivos habitantes.
La arquitectura es típicamente colonial; el clima seco y estable —y la propia marginación que sufrió y sufre ese rincón salteño— ha permitido conservar intactas cada casa, cada iglesia, cada "encomienda" durante siglos.
Las montañas que rodean a los valles calchaquíes tienen una riqueza mineral incalculable en sus entrañas, que espera que algún proyecto de promoción minera se acuerde de ellas.
Las serranías del margen izquierdo adquieren un tono más rojizo, provocado por la intensa vegetación que caracteriza a toda esa zona de Salta.
La fotografía fue tomada desde el satélite Landsat en julio de 1981 y procesada en el mes de febrero de 1982.


Provincia de
SALTA.
Mapa político
1 cm = 27,710 km
REP. DEL PARAGUAY
PROVINCIA DE FORMOSA
PROVINCIA DEL CHACO
PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO
PROVINCIA DE TUCUMAN
PROVINCIA DE CATAMARCA
PROVINCIA DE JUJUY
REP. DE BOLIVIA
REPUBLICA DE CHILE
CORDILLERA DE LOS ANDES
SALTA
SAN SALVADOR DE JUJUY
TROPICO DE CAPRICORNIO
OESTE DE GREENWICH